

HUERTO HERMANA TIERRA

Madrid – El Pardo

Gracias por contar con nosotros. Esperamos que nuestro sencillo testimonio os sirva de algo: os estimule en vuestra reflexión y trabajo de estas jornadas; sea una propuesta de acción que anime vuestra justicia y vuestra paz, vuestra ecología y pobreza.

Os hablo no como técnico en agricultura ecológica o trabajo social; más bien como un hermano ilusionado con este proyecto. Ninguno de los que andamos en este proyecto, laicos o capuchinos, somos muy técnicos ni militantes ecologistas... Sí personas implicadas en una transformación que se ha ido operando en los últimos años en este convento de Capuchinos de El Pardo, en esta fraternidad de hermanos menores, y que nos abre a otro tipo de fraternidad, de presencia, de misión, de oferta, en medio de los montes de El Pardo, al lado de la gran ciudad. Espero, a los que sois más militantes de estas causas, no resultar demasiado genérico, poético; excesivamente “franciscano”...

En este hecho, en esta primera confesión, tenemos algo que decir: el huerto es, queremos que sea, un lugar de aprendizaje, de auto-educación para nosotros mismos. Además, apenas llevamos poco más de dos años...

Nuestras raíces

El Huerto, un lugar

Desde hace dos años, tenemos un gran huerto a las afueras de Madrid, en medio de los montes de El Pardo. Un huerto hermoso hasta en su nombre, franciscano total, (y en su logo, de Antonio Oteiza, capuchino de 90 años que es un artistazo), y en la profecía que cultiva, la fraternidad universal en la tierra y desde la tierra.

El convento de Capuchinos de El Pardo está ahí desde hace más de 400 años. Con su gran huerta, que en el siglo pasado daba de comer a muchos frailes y seminaristas, y que ahora llevaba abandonada casi 30 años. Desde que se cerró el seminario y colegio, este lugar ha ido transformándose. Una experiencia de misión compartida, una residencia de acogida a menores tutelados, la Escuela de espiritualidad franciscana (que trae hasta aquí a hermanos/as de toda la familia, de América y de aquí), la casa de espiritualidad (abierto a variedad de grupos). Y ahora le tocaba a la huerta...

El Huerto, una fraternidad

Un convento, una fraternidad, un tanto abierta y recreada: laicos que comparten nuestra vida, cercanía al mundo de la exclusión, contacto con otras asociaciones que trabajan con jóvenes e inmigrantes... Todo

ello es parte del “humus” que se ha venido sedimentando en este lugar y que ha hecho posible este Huerto, este proyecto.

El Huerto, un surco nuevo.

Un surco que roture en otra dirección

Ahí estamos arraigados y esas raíces queremos profundizar: raíces de apertura, de novedad, de echarnos a un lado para que otros hagan, de poner lo antiguo nuestro al servicio de un anhelo nuevo, de ofrecer y visibilizar espacios alternativos... En ese sentido, queremos que el Huerto sea un surco donde se puedan sembrar muchas cosas nuevas.

Nuestra semilla

El “Huerto Hermana tierra” en su origen ha sido un proyecto entre los Capuchinos (la fraternidad de El Pardo y SERCADE) y la Asociación APOYO (que desde hace décadas trabaja con jóvenes en exclusión social, hoy muchos de ellos inmigrantes). Hoy, solo los Capuchinos.

Un huerto ecológico y social

Es un proyecto de huerto ecológico y social. Dicho así, queremos tratar bien la tierra y que ella nos dé unos puestos de trabajo digno y estable. Es la semilla que sembramos con ilusión: como dice la campaña ENLÁZATE POR LA JUSTICIA, “si cuidas el planeta, combates la pobreza”.

Un huerto ecológico. Queremos cultivar una producción y un consumo con conciencia

Al lado de la gran ciudad, divisando las torres de plaza Castilla, cultivamos la tierra, volvemos a ella. En una extensión que ronda las dos hectáreas, producimos verduras ecológicas. Una agricultura respetuosa con la tierra y vinculada al propio lugar, a lo que se produce en cada temporada.

Y las vendemos, claro. Porque buscamos que el Huerto sea rentable económicamente.

Vendemos quincenalmente lo que cultivamos: en cestas cerradas (pequeña o mayor, elegida por cada cliente), que completamos con verduras y frutas de otros productores ecológicos para ofrecer algo más de variedad. Las distribuimos por todo Madrid en variados “puntos de consumo” (parroquias, coles, asociaciones, clientes colaboradores...). Y las vendemos los domingos entre misa y misa.

De esta manera queremos fomentar un tipo de consumo cotidiano ético y responsable: haciendo crecer la conciencia de lo que consumimos y de los beneficiarios de mi consumo (porque como decía un cliente, trabajador de la restauración, “estamos en manos de criminales”). Desde la alimentación y la compra, ser un **espacio de concienciación y sensibilización** para las personas que consumen nuestros productos.

Por ello, queremos que las personas que compren nuestras verduras participen y enriquezcan el proyecto, se sientan especialmente vinculadas con él. Queremos potenciar el sentimiento de **pertenencia al proyecto** de todas las personas que consumen nuestros productos. No queremos a clientes que sean meros sujetos pasivos de nuestro trabajo

Un huerto social. Queremos producir un empleo digno y estable Y desde el vivir al lado de jóvenes inmigrantes, queremos abrir este surco hacia su inclusión; un surco de empleo digno y estable para quienes luchan por encontrar su lugar en el mundo y lograr, poco a poco, su autonomía. Por lo general, el empleo que la sociedad suele ofrecerles es precario, discontinuo y sin futuro. Nosotros apostamos por un empleo digno, donde algunas personas encuentren la estabilidad laboral que les permita hacer realidad su proyecto de vida. Mes a mes cobran...

El huerto quiere ser un espacio de **formación y adquisición de experiencia** laboral para jóvenes que carecen de ella o que la necesitan para encontrar un empleo más estable y digno.

Nuestra cosecha prometida: unos treinta, otros sesenta, otros el ciento (y algo de lo que vamos aprendiendo)

Curtirse con la tierra

Crecen las berenjenas, habas, lechugas, lombardas, coliflor; los calabacines, puerros, brócoli, romanescu... También las hierbas, las malas hierbas; y los tomates no agarran bien, y se estropea el tractor y no cuadran los ingresos y gastos y... No somos rentables todavía. Trabajar la tierra es duro, siempre lo ha sido: la gente del campo es gente curtida (¡quién pudiera hacerse gente curtida en el trato con la tierra, gente arraigada!). Es un proyecto a pelearlo: con poesía y con economía. Vemos y aprendemos que curtirse con la tierra es trabajarla y escucharla y recoger sus frutos y sus ritmos... El contacto con la tierra es una fuente de mística y de espiritualidad, de reflexión y pensamiento... En ese sentido, el huerto queremos que sea un espacio donde cultivemos-aprendamos una ecología integral.

Pequeñas y grandes cosechas: sobre todo de encuentro

La cosecha que la tierra esconde y promete siempre es generosa y ya está ahí y esperamos que sobreabundará (la semilla que cae en tierra buena da fruto abundante, el que pone en circulación lo poco que tiene provoca un efecto multiplicador).

- Lo más importante: Souleyman, Kebe y Yousouf tienen un contrato laboral indefinido y digno; y “descansan” un poco tras tanto sobresalto.
- Entorno a 200 familias nos compran sabiendo lo que compran

- aquí. Muchos de ellos han pisado ya "su Huerto".
- Algunas personas han nacido como voluntarias en el Huerto. Nos apoyan de variadas maneras: en la difusión del proyecto, en la confección y distribución de las cestas, en algunas tareas agrícolas... Y a través de una entidad en contacto con jóvenes, colaboran con nosotros un tiempo jóvenes que están en España y hacen algo de voluntariado venidos de Australia, Inglaterra, China, Armenia, Líbano... (amigos de Souly, Youssouff y Ury).
 - Y nos visitan colegios, grupos de catequesis...
 - Y los domingos, entre misa y misa, a la gente que va por allá, a misa o a pasear, se les ha abierto otra puerta, otra oferta; los frailes les ofrecemos otra cosa, además de la Eucaristía, y les abrimos un poco más nuestra casa.

Vemos y aprendemos que el huerto es lugar de encuentro, propicia, atrae. Que mejor vincular el consumo a algo más amplio, a un proyecto, una intención, una educación... En la que vamos muchos y nos vamos poniendo rostro y nombre.

El huerto, como espacio simbólico-profético

Y es que hoy en día es un poco raro tener un Huerto. Y porque es raro, creemos que es significativo y que ofrece muchas posibilidades de cosechas nuevas: en la colaboración, en la reflexión-el pensamiento-la espiritualidad, en el disfrute del campo, en la solidaridad, en la educación, en el tocar la tierra... Una de las potencialidades de este proyecto, creo, es su potencial simbólico, (un signo, una señal), que mucho lo da su enclave: a las afueras de la gran ciudad, un espacio natural, donde la gente va a pasear-andar en bici, a rezar al Cristo, a salir de un mundo y, quizás, querer entrar en otro, desear otra cosa, "otro mundo posible"... Un huerto ecológico, cultivado por jóvenes inmigrantes, a las afueras de Madrid, sostenido entre muchos... Potenciar el huerto, la tierra, "nuestra hermana madre tierra", como espacio simbólico: un hilo del que tirar en muchas direcciones.

Un surco nuevo (bis)

Un huerto que abra un surco nuevo, en otra dirección; que rompa tendencia, que introduzca una brecha en la normalidad de nuestro consumo; que roture otra cosa, "otro mundo posible"...

Porque en nuestro mundo del bienestar al final nos cuesta mucho pasar a los hechos, dar coherencia, encarnar y arraigar lo que nombramos. Y el valor de este huerto es que colabora a "otra cosa" de la que estamos tan necesarios, que la acerca.

Conclusión: Francisco de Asís

El Reino es cosecha: se multiplica inesperada y desmesuradamente cuando es acogido y se cree en Él, en la fuerza de lo pequeño (como el labrador que siembra la semilla esperándolo todo).

Francisco de Asís, hermano y menor, "místico y peregrino" (LS' 10), cantó a toda y con toda la Creación: "*Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra, que nos sustenta y gobierna, y produce distintos frutos con flores de colores y hierbas*" (Cántico 9). Cantó su canto al hermano sol y a la hermana muerte, que todo es parte de nuestra hermana y madre tierra, cuando ya no aguantaba la luz del sol y cuando incluso temía la muerte porque dudaba de su salvación (por el cierto fracaso de su proyecto de Orden de hermanos menores). Su canto nace de un proceso de reconciliación. Nos gustaría que nuestro huerto fuese un camino de reconciliación con la tierra y con los empobrecidos.

Desde ahí, él, Francisco, nos ayuda a vivir nuestro Huerto Hermana Tierra como una alabanza, un cántico, una suerte: "Francisco pedía que en el convento siempre se dejara una parte del huerto sin cultivar para que crecieran las hierbas silvestres, de manera que quienes las admiraran pudieran elevar su pensamiento a Dios, autor de tanta belleza"...

Jesús Torrecilla
Jornadas de JUSTICIA Y PAZ
1 de abril de 2017